

minúsculas

Rocas de la Argentina. Fotografías: Ignacio Piedrahita

Isabel Carrasquilla,
viajera

Paloma Pérez Sastre

No sabemos si la hermana de Shakespeare es una invención de Virginia Woolf. Dice la autora inglesa que murió joven y que fue una poetisa sin obra. En realidad, no importa si la hermana existió o si escribió, lo importante es que le sirve a Virginia como pretexto para escribir la conferencia con el título célebre de “Una habitación propia”, publicada en 1928. La pequeña Shakespeare aparece

como una figura fantasmal que encarna el llamado a la escritura de las mujeres, para que éstas con sus obras le den carne y existencia: “Entonces llegará la oportunidad y la poetisa muerta recobrará el cuerpo del que tan a menudo se ha despojado”.

Todos conocemos que nuestro José Asunción tuvo una hermana, la bella Elvira Silva, muerta a los diecinueve años, quien, si bien tampoco escribió, sí inspiró algunas de las más bellas obras de su hermano y de otros poetas contemporáneos. Tomás Carrasquilla también tuvo una única hermana, pues Mauricio, el menor de los tres hijos de Rafael y Ecilda, murió siendo niño. Tomás vivió con Isabel toda su vida, aun después del matrimonio de ella. Las pocas

veces que se separaron, se escribieron cartas largas, detalladas y cariñosas. Él la llamaba “lumbera querida”, “querida mía”, “Isabelita” y usaba expresiones como: “Ya sabes que entre nosotros no hay ausencia” o “tengo que repetirte que la falta es mucha”, que reflejan la confianza, la conversación perpetua y el hondo afecto que se profesaban.

Los hermanos, que se llevaban ocho años y murieron con dieciocho días de diferencia, compartieron los libros, las tertulias caseras y la “chifladura” por el teatro, tanto que en la casa de la familia se representaban los dramas de Isabel, algunos basados en las obras de Tomás. Fueron, escasas las ocasiones de separación: cuando Tomás estuvo

en Bogotá cuidando la edición de su primera novela; cuando, después de una pérdida económica, se empleó en una mina cercana a Sonsón, y cuando Isabel viajó a Estados Unidos y Europa.

No fue una de aquellas mujeres que se aventuraron más allá de las fronteras permisibles, que asumiendo con pasión sus propias convicciones, traspasaron los límites y los espacios impuestos y tuvieron la audacia de enfrentar y superar desafíos y peligros. Tampoco fue de las que, por causas ajenas a su voluntad —esclavitud, pobreza o guerra—, debieron abandonar sus países. No, Isabel viajó por placer, en primera clase y sin limitaciones de dinero. Con todo, viajar no dejaba de ser un evento extraordinario, ajeno a la vida cotidiana del ciudadano común, y más aún de las mujeres, a la sazón confinadas en los límites del hogar. Fue un evento poco corriente el peregrinaje de Isabel, su esposo Claudino y su sobrina Sofía, en 1929.

El viaje, que tenía como destino inicial una célebre clínica en la zona del Canal de Panamá, donde Jorge, un hijo de la pareja, debía hacerse una cirugía, pero que se prolongó a instancias de unos amigos, inició en el vapor por el río Magdalena:

Los crepúsculos en el río son bellos: el cielo se incendia en todos

los colores; las nubes forman a veces como paisajes, y fingen ciudades que se ven allá a lo lejos, con sus torres, sus edificios y sus cúpulas. Éstas sí son verdaderas ciudades de ensueño. Yo me encantaba contemplándolas, y sentí pesar, al llegar a Barranquilla, de no volver a admirar los paisajes soñados.

Isabel escribió a mano, en 1936, animada por sus nietos, con base en el diario. Hay en estas memorias inéditas, tituladas “Impresiones de viaje escritas por una abuela para sus nietos”, un estilo discreto, elegante y sencillo que apela al lector, para llegarle con ricas descripciones que revelan la mirada atenta y erudita de una experta que mide el tamaño de las iglesias y critica con propiedad obras de arte, espectáculos y obras teatrales. Es el encuentro espontáneo, ritual, de la autora con sus referentes culturales. La narración intensa, clara y didáctica, hace que cuantos la leen se conviertan en testigos de una vivencia sincera que plasma plenamente la emoción del encuentro con lo tantas veces imaginado.

Comulgaba también Isabel con su hermano en el sin igual sentido del humor. Para muestra, el gracioso testimonio de la desilusión que le produjo la contemplación de los íconos del arte en el Museo del Louvre:

El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellissimo palacio y de las maravillas que contiene. [...] Tuve sin embargo algunos desengaños. *La Venus de Milo*, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba: el cuello demasiado largo; sabía que la hablan desenterrado y estaba manca, y no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció demasiado roñosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas.

La *Victoria de Samotracia* me pareció un bloque de mármol sin figura definida; apenas las alas muestran lo que pudo ser; pensé al verla en aquello de que “apenas son sombras del amor y apariencias del desecho”.

La *Gioconda* de Leonardo da Vinci, que yo ansiaba tanto admirar por su sonrisa enigmática y por la historia tan romántica del artista fue otro desengaño. ¡Qué pesar! Me imaginaba ver un cuadro tan grande como el de la Inmaculada de la Catedral de aquí, y resultó que es pequeño, y con vidrio y todo; la pintura está borrosa y desonchada. Allí se estima más, en el bellissimo cuadro, el recuerdo de que fue del gran pintor. Había muchísima gente extasiada: “¡Qué primor!” “¡Qué maravilla!”. Da tristeza pensar que el tiempo acabe, al fin, con lo que queda de él.

Y ni ante la vista del Papa, abandona su inclinación a la



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniiano Jaime Contreras
Secretaria general
Ana Lucía Herrera Gómez

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Andrés García Londoño
Lina María Ruíz Guzmán (E)
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Hilda Milena Villegas Mejía
Correctora: Miriam Velásquez V.

Comité editorial: Jairo Alarcón, Héctor Alzate, Sandra Arenas Grisales, Carlos Arturo Fernández, Efrén Alexander Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Martha Alicia Pérez, Luz María Restrepo.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Agradecimientos: Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto

Correspondencia y suscripciones: Departamento de Publicaciones, Universidad de Antioquia Bloque 28, oficina 233, Ciudad Universitaria Calle 67 N.º 53-108 Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12

E-mail: revudea@catios.udea.edu.co
Página web:
<http://www.editorialudea.com>
Publicación indizada en: MLA, Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas, Universidad de Antioquia Bloque 8, Ciudad Universitaria E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y revistas N.º 843 de la Administración Postal Nacional

La *Revista Universidad de Antioquia* no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

parodia, al juicio desacralizador, que debió de hacer las delicias del hermano:

La agencia Lubin [...] nos avisó que todo estaba listo para dos días después a las doce y media. Exigen a las mujeres vestido largo sin escote, manto en vez de sombrero, y guantes negros. Yo le solté el doblez a un vestido negro, y Sofía a la falda de un vestido sastre. Compramos en un almacén en la plaza del Vaticano los velos o mantillas de encaje, que luego vendimos allí mismo. ¡Era de ver el ensayo! Yo me veía rara con el manto; la figura de la pobre Sofía sí era fatal, con el sastre largo y la mantilla; igualita a María Lamentos. Pero no tuvo más remedio que irse en esa facha. Yo me lo celebré mucho y le decía que era castigo por todo lo presumida y pinchada que es; esto se lo exageraba para vengarme de todas las que me había hecho.

Isabel también estuvo tocada por “el estigma de la mancha de tinta”, que les venía por herencia desde los abuelos. Sin embargo, hay indicios de que a Tomás no le gustaba que escribiera. A pesar de haber aplaudido a otras escritoras como Sofía Ospina de Navarro, cuya obra ponderó y animó, Tomás no sólo no apoyó el trabajo literario de su hermana, sino que la mantuvo en el anonimato. Ella ocultó su nombre bajo los seudónimos de Equis y Zeta para la publicación de dos comedias basadas en *Frutos de mi tierra: Filis y Sarito* y *Pepa Escandón* (Editorial Bedout, 1920 y 1932); y, sin firma, solía mandar coplas al programa de radio de Abel Farina. Aun así, la autora contó en vida con el reconocimiento, pues las presentaciones de sus obras *Noche de Reyes* y *Contra viento y marea*, en las que tomaron parte varios actores españoles, fueron reseñadas en la revista femenina *Letras y Encajes*.

No existe duda del papel generoso que Tomás Carrasquilla jugó en el despertar literario de las mujeres en los años veinte, de su identificación con ellas en su credo estético que resaltaba lo sencillo, cotidiano y natural. Por eso resulta extraño. Se sabe que el maestro convenía con uno de los argumentos de crítica a las mujeres escritoras en la época —también consignado por Virginia Woolf en 1927—: lo mal que se les veía el “enlibramiento”. Aparece consignado en una carta en la que felicita a doña Sofía por no hacer gala de ello: “Usted ¡a Dios gracias! está libre de tal plaga”. Pero esta razón no resulta suficiente. ¿Cómo entender su actitud? ¿Quería proteger a su única hermana menor de un ambiente literario bohemio? ¿De la fuerte oposición a las mujeres que empezaban a tomar parte en la vida civil?

Ninguno de los dos responde, pero Isabel lo delata con picardía al final de las memorias:

Se me había prohibido terminantemente, por algunos que yo me sé, que viniera a hablar de viajes y a contar cosas por ser esto muy anticuado y de mal gusto. Yo, muy obediente, sólo le he contando a todo aquel que ha tenido la paciencia de oírme. Y, para seguir contando después de muerta, lo escribo.
¡Botín colorao! ¡Cuentu´acabao!
¡Cacho quemao! ¡Dispensen lo malo qui´hubier´estao!

Si Virginia Woolf le inventó una hermana a Shakespeare para que otras mujeres, con su escritura, le dieran un cuerpo real a ese espíritu poético, Isabel Carrasquilla escribió para darle un nombre a ese cuerpo y alas a su palabra.

Profesora de la Universidad de Antioquia



El principio de desobediencia

Andrés García Londoño

Si algún día alguien quisiera escribir un Génesis de la civilización humana, bien podría parafrasearse al bíblico, así:

“En un principio, cuando el Hombre bajó al suelo desde los árboles, todo era libertad y no había ningún tipo de restricción sobre la Tierra. El caos amenazaba a las aldeas mientras el espíritu del Hombre aleteaba sobre su civilización incipiente.

El Hombre dijo: “Hágase la Ley”. Y el Hombre vio que la ley era buena y separó lo prohibido de lo permitido. El Hombre llamó a lo permitido “legal” y a lo prohibido “criminal”. Luego acusó y castigó: fue el juicio primero”.

Un Génesis así puede parecerle exagerado a muchos. Sin embargo, el código de Hammurabi fue el primer paso real a una organización social tal como la conocemos. No en vano, el primer uso de la escritura, aquello que motivó las primeras escuelas básicas, fue la formación de burócratas, de funcionarios que pudieran encargarse de hacer cumplir las leyes y revisar la recolección de impuestos, así como supervisar el avance de las obras de ingeniería o resolver conflictos civiles.

La necesidad de leyes que rijan nuestro comportamiento parece con frecuencia inapelable. Antes que ángeles, los humanos somos la representación del más profundo claroscuro. Como nuestros primos cercanos, los chimpancés, somos capaces de la más profunda agresión, en particular contra aquellos que no

son miembros de nuestra propia comunidad. Pero también heredamos —así como otros primos cercanos, los bonobos— el gen del altruismo, aquél que nos hace preocuparnos por los huérfanos y compadecer a los que sufren.

Una mirada idealista sobre la ley diría entonces que su existencia no sólo obedece a la meta de establecer un control sobre nuestros impulsos más agresivos, para que no nos destruyamos unos a otros, sino también de estimular los rasgos más constructivos de nuestra naturaleza como especie.

Pero esa mirada corresponde al ideal de la ley, no a su realidad. Estamos tan acostumbrados a obedecer que tendemos a asociar dos conceptos por completo separados: ley y justicia. El hecho es que existe un axioma simple: ninguna ley puede ser más justa que los hombres que la redactaron. Y si vemos los intereses que suelen primar en los órganos legislativos... El lector puede extraer sus propias conclusiones. De hecho, pocos gobiernos suelen tener más normas que las dictaduras, precisamente porque éstas basan su poder en el control absoluto de todo y la legislación es el camino para lograr y mantener ese dominio. Dado esto, ¿cómo podríamos considerar justa una ley sólo porque es la ley, valga la redundancia?

Además, la ley cambia. Por fortuna, pues si no fuera así todavía sería legal tirar a un río a la esposa adultera amarrada a su amante, sacrificar a un niño que se ha portado mal o vender a la propia hija. La ley, pues, no puede ser vista como algo sólido; antes que un obelisco es un meandro del río, porque refleja no una verdad eterna sino un momento histórico y el estado de una cultura. Así, aquello que hoy nos parece bárbaro —la esclavitud, por ejemplo— fue en su momento considerado un pilar



Río Azul I (El Bolsón, Argentina)

social. Los confederados del sur de Estados Unidos durante la Guerra Civil peleaban no sólo por lo que veían como su derecho a la propiedad, sino también por su derecho a mantener su independencia de las decisiones tomadas en la lejana Washington. ¿Por qué sus comunidades debían obedecer leyes que vulneraban no sólo sus intereses económicos, sino su forma de vida?

Al contemplar esta paradoja, el hecho de que la necesidad de leyes es tan grande como la falta de solidez de éstas, llegamos a una de las tragedias de la época. Nunca antes la especie humana se había burocratizado tanto y los sistemas de chequeo se han perfeccionado en la misma medida. Ello permite a los gobiernos mantener un control sobre sus ciudadanos imposible hace sólo un par de décadas, lo que ha borrado las fronteras entre la información pública y la privada. En el caso de los impuestos, de considerarlo necesario los gobiernos pueden saber de forma casi inmediata cuánto ganamos, cuánto gastamos, dónde y, seguramente muy pronto, con quién. En la mayor parte del área urbana de Londres al peatón lo monitorean constantemente, por lo que se limita a pasar de una cámara de vigilancia a la siguiente.

Incluso existe un ejemplo todavía más perturbador: con la excusa de la guerra antiterrorista o la defensa del sistema político, en países como Estados Unidos y China aún se controla qué lee cada quien, hasta el punto de monitorear las bibliotecas, en el primer caso, y controlar el acceso a ciertos contenidos de internet o bloquearlos por entero, en el segundo.

Dado el nuevo poder que el control de la información brinda a los gobiernos, aceptar con los ojos cerrados el “imperio de la ley” implica encaminarse a terrenos peligrosos, más aún si tenemos en cuenta el resurgimiento del autoritarismo en múltiples naciones y el deseo de los autócratas de aumentar y perpetuar su poder por cambios en las normativas nacionales. No podemos seguir con la ingenuidad de la modernidad, que tenía la legalidad entre sus principios rectores. Así, cada ley de nuestros días debe ser llevada a juicio público, y no por los representantes que la elaboraron, sino entre aquellos que deberán obedecerla: los ciudadanos de a pie. Ya no puede predicarse la obediencia ciega a la ley, sino construir una conciencia de la ley que busque siempre el espíritu detrás de la norma, garantizando, con la

desobediencia colectiva a las normativas arbitrarias o que defiendan intereses de grupos particulares sobre los colectivos, que el interés social rijan a las leyes y no al revés. Sólo así, únicamente con la posibilidad de abrirle juicio a las leyes mismas gracias al principio de la desobediencia crítica, se protegerán las libertades cuyas bases le tomó milenios a nuestra civilización construir.



Edipo y la inteligencia

Eduardo Escobar

Las relaciones con la madre estuvieron plagadas de espinas desde los años desnudos de la manada primitiva y la prohibición del incesto, para los hijos que decidieron vengar el honor y la desgracia de vivir en la mujer que los parió, tanto como para los mansos y sumisos que cedieron a la opresión materna y en rigor nunca fueron paridos del todo.

En la simbología del psicoanálisis la casa representa la madre. Es evidente. La madre es la primera casa que habitamos en este mundo, la primera estación entre la noche del olvido anterior y el día de nacer para la muerte que aguarda. La madre es la primera sombra también, pero sobre todo constituye una casa acogedora, palpante, cálida. De los ritmos corporales de la madre aprendemos las primeras músicas, con el bumbum del corazón y el chirriar de los gases que rememoran ciertos músicos húngaros de la vanguardia occidental en los quebrantos de sus violines.

No pueden ser sino conflictivas las relaciones con una mujer que primero nos expulsa, luego nos ampara en sus brazos de los terrores de la luz, el espacio abierto y el frío del cielo, y que nos amamanta pero hace el amor con otro.

La literatura se ocupó muchas veces de la descripción y la interpretación de las oscuras relaciones que nos ligan a la única mujer imprescindible. Comenzando por Edipo que presta su nombre al complejo tal vez sobrevalorado por Freud. Nerón representa un ejemplo perfecto, en la crónica desvergonzada de los príncipes del mundo, de las ambigüedades que reúnen en un solo destino, o desatino, madre e hijo. Sus amores escabrosos fueron del incesto público al odio y acabaron en el escándalo del matricidio. La del príncipe Hamlet resulta triste. El hijo acababa precipitándose en la debilidad de la reflexión filosófica que a veces linda con la locura y la melancolía.

En la prosa moderna no faltan las madres eminentes. En *En busca del tiempo perdido*, el recuerdo del beso nocturno de la madre abre el camino al río de la novela que alguien calificó de épica del arribismo. Proust,

un solterón asmático, debe mantenerse ligado a la madre como tantos hijos parasitarios, en estricta simbiosis, por incapacidad para vivir más acá de sus recuerdos. Su última visión fue el espectro de la madre. La madre que se asemeja a la muerte.

En los papeles del Che, otro asmático, el padre es un ausente notable. Hijo de madre dominadora su vida debe leerse como la aventura de la sustitución de la madre, de la fuga del hogar materno a la horda revolucionaria: en la búsqueda de las marañas del complejo de Edipo es lícito hilar fino y el partido puede ser asimilado a un útero.

Baudelaire, al contrario del dócil hijo que fue Proust, sostuvo un amor espinoso, una larga brega de amor con la madre casada en segundas nupcias con un general al que Baudelaire odiaba. Una puja llena de explosiones, pataletas y amenazas patéticas. “Cuando se tiene un hijo como yo uno no vuelve a casarse”, le escribió en una carta cómica el poeta de las carroñas. Y no le quedaron más que las prostitutas para reemplazar el amor perdido. Las relaciones de rebelión y sumisión simultáneas de Rimbaud con su madre, también son dignas de recuerdo en la reseña de equívocos.

Otra relación destaca entre las tensiones atroces que a veces juntan la inteligencia con la madre que la dio a luz. La de Schopenhauer se parece a la Baudelaire en los celos intratables. El origen del pensamiento del autor de *Sobre la cuádruple raíz de principio de razón suficiente*, la misoginia en primer lugar, la amargura perpetua, la tendencia a la soledad, el mal humor, debe buscarse en el egoísmo de la madre que lo rechaza para dedicarse a su bohemia burguesa, a sus veladas con té, canciones y lecturas de Aristófanes. Para hacer su vida y proteger su salud, como le dice en sus cartas, y contemplar a Goethe.

Henry Miller escribió un relato doloroso sobre el último día de su madre. Lo único que temía, dice, era que se levantara del catafalco. La temía. Como amaba a su padre, el sastre. Y rememora un enorme ojo azul abierto, mirándolo. Joyce fue más radical. Él se negó a asistir al funeral de la suya. Y en consecuencia, renunció al patriotismo irlandés ya de moda esos días. “Kaddish”, poema de lamentos de Allen Ginsberg, rinde un tributo patético a la madre loca, repudiada y compadecida. H. P. Lovecraft, experto en terrores, fue hasta la muerte de la suya el hijo prisionero de mamá, querido y despreciado. Luego, su única mujer conocida reprodujo el papel de la madre que le compraba los sombreros. Después del divorcio, Lovecraft se acogió con feliz desverguenza a la protección de una tía vieja y a la casa materna de siempre.

En Colombia, bajémosle los humos a la cosa, uno de nuestros escritores sobresalientes entregó su vida a ahondar en el complejo de Edipo, a rastrearlo sin piedad en todas partes, según cierto vicio moderno extremo, con la dedicación y la suspicacia de to-

dos los que aspiran a contemplar a la madre desnuda, a recuperar la desnudez original de la madre.

Estanislao Zuleta padeció el drama del hijo con insidia. Muchos textos suyos describen incluso mientras habla de otras cosas la experiencia dolorosa de una ruptura, el sentimiento del traicionado por la madre. Una traición en la cual desaparece la tercera persona, su mejor amigo de entonces: Gonzalo Arango. Resulta significativo que, divorciados los camaradas por los celos jamás volvieran a mencionarse. Las escrituras de Estanislao están llenas de insinuaciones, todo lo que se refiere a Edipo se insinúa, sin manifestarse abiertamente, contra el nadaísmo de su amigo de juventud. Mientras el fundador del nadaísmo mantuvo un desdén obstinado por los maestros del otro, Marx y Freud, y el Mann que leyeron juntos con seguridad antes de la separación, del desgarramiento.

Así, los dos personajes más influyentes en las penúltimas generaciones de escritores de Colombia están entreverados en un rencor edípico. El uno desde el rigor intelectual y el culto a la disciplina, y el otro de parte de los instintos y las pulsiones primitivas, más cerca de Nietzsche y Rimbaud que de la dialéctica de la izquierda de bodegón. No sobra agregar que doña Nena, la mamá de Gonzalo, fue una mujer muy distinta de la madre educada de Zuleta. Aunque dormía con el telegrafista del pueblo, doña Nena era analfabeta, por lo que debían leerle las cartas que su hijo le mandaba para justificar el desmadre del nadaísmo y que no sufriera. Por eso, éste prefería llevarle serenatas. Serenatas con guitarras y tiples, donde le hacía cantar bambucos de Julio Flórez y Pelón Santamarta.



Federación indígena de fútbol asociado

Juan Carlos Orrego

En una nota periodística de febrero de 2003, un cronista medellinense se sorprende del frenesí con que ha visto jugar fútbol en el trapecio amazónico, y no precisamente en Leticia —al fin y al cabo cuna de Liborio “leticiano” Guzmán (atacante del Deportivo Cali en 1948) y epicentro de una leyenda en que funge de improvisado arquero el joven Ernesto Guevara Lynch (mucho antes de asumir su monosilábico apodo)—. El relator se refiere a Puerto Nariño, el otro municipio del departamento del Amazonas, donde ha presenciado encuentros de un solemnisimo campeonato femenino y ha visto entre la población mestiza e indígena las camisetas de buena parte de los equipos del torneo profesional colombiano. Incluso, cuando extiende sus descripciones hasta la boscosa intimidad del río Loretoyacu, refiere el hallazgo de un niño tucuna vestido con la flamante camiseta del número nueve de la selección sueca.

La afición nativa por el fútbol asociado dista, sin embargo, de ser un hecho *sui generis*, y sólo la confusión de un observador espantadizo podría elevar el hecho a la categoría de las aberraciones museales. En las páginas de un viejo diario etnográfico puede encontrarse el mejor testimonio de la espontaneidad del balompié amerindio. Roberto Cardoso de Oliveira, antropólogo brasileño, registra en una página fechada el 10 de octubre de 1955 la celebración, en la selvática aldea de Cachoeirinha, de un partido entre los locales indios terêna y



Canal del Beagle, Ushuaia

los purutuia del pueblo de Duque Estrada en que son visibles las intrigas de la más compleja empresa futbolística.

El lector del registro de Cardoso de Oliveira puede, erróneamente, convencerse de una supuesta naturaleza ingenua del balompié indio, y ello porque el etnógrafo se refiere al estilo local como uno en que la pura alegría remplazaba las articulaciones tácticas y en que las jugadas se proyectaban sin que se incorporaran más de dos pases. Pero otros hechos dejan ver la profesional malicia con que todos se entregaban a la política futbolera. Los purutuia, deseosos de una victoria fácil, habían retado al tercer equipo de los terêna, y éstos, decididos a mantener su plaza invicta, acabaron reforzando su equipo *amateur* con los servicios de Alcides, líder del primer equipo de la aldea. Arlindo, capitán oficial de la escuadra de la tercera división, había aceptado el relevo sin sentir menoscabado su fuero de primogénito del teniente de la policía indígena: sabía que se jugaba por mucho más que la cotidiana oportunidad de divertirse. El antropólogo apunta con lucidez: “Quieren mostrar a su público local (sus principales) y foráneo (los vecinos de Duque) que están a la altura de ellos, son también ‘civilizados’, conocen las reglas y pueden jugar de igual a igual y ganar”. La gente de

Cachoeirinha se impuso gracias a un solitario gol de Alcides.

Para documentar la pasión india por el fútbol moderno resulta innecesario el romántico viaje en el tiempo en busca de aquel *tlachtli* o juego de la pelota azteca en que una mala tarde podía llevar, incluso, a la pérdida de la vida. Como toda cultura, la de los pueblos nativos acepta con apetito e inteligencia cualquier sugerencia proveniente de otros mundos, y la difusión de lo nuevo no necesita que ningún antiguo dios tutelar haga las veces de fiador (de ahí que, por ejemplo, los nativos de la isla Fergusson, en Nueva Guinea, inventaran una entusiasta “danza del portaaviones” una vez terminada la Segunda Guerra Mundial). De nuevo en el terreno futbolero, Osvaldo Soriano refiere una historia en que el *soccer* se aferra a la vida india casi tan visceralmente como la práctica de la magia. De acuerdo con el argentino, los mapuches habrían ganado el clandestino y artesanal Campeonato Mundial de 1942 jugado en los confines patagónicos, y todo gracias a un truco más notable que el usado por los terêna de Cachoeirinha: en plena final, por efecto de poderosos conjuros, la valla alemana apareció sobre una colina, por completo desguarnecida y con un solitario delantero indio frente a ella que, carcajeándose entre contorsiones, disparó a gol.



Barrio Chino

Ignacio Piedrahita

En el sector de Belgrano de la ciudad de Buenos Aires, sobre la parte baja que da contra el río de la Plata, se en-

cuentra el barrio Chino. Visitarlo no demanda mucho esfuerzo, pues está recogido en una sola cuadra. Uno camina por una acera, se devuelve por la de enfrente y ya lo recorrió todo. Sin embargo, cabe en esa calle no sólo lo chino sino cuanto viene de Asia: restaurantes, mercaditos y tiendas de baratijas en las que puede uno pasar el día entero.

Por la cantidad de visitantes se diría que los inmigrantes del lejano oriente han hecho buena fama lejos de su casa. Y es falso que no se hayan integrado lo suficiente. Basta con entrar en cualquiera de sus restaurantes para convencerse de lo contrario. Por lo general, una mujer de ojos rasgados, escasa estatura y amplia sonrisa viene de inmediato a nuestro encuentro. Nos preparamos para recibir un saludo en mandarín, pero pronto palabras en perfecto español nos acarician el oído. Bolivianos nacidos en Argentina no sólo mantienen la estética de oriente, sino que nos seducen con la dulzura del altiplano como ningún mozo de un café tradicional podría llegar a hacerlo.

Una vez dentro, el resto del personal y algunos comensales de pelo lacio demuestran ser verdaderamente asiáticos. Verlos levantar una sopa con palitos y engullirla en dos minutos es cosa de otro mundo. Ciertos sorbidos y eructos que median en el proceso impactan a quien no está iniciado en los modales de aquella tierra, pero con un poco de voluntad se asimilan como una mera diferencia cultural. Para guiarse en el menú, lo mejor es mirar la mesa del vecino y decir: “Tráigame, por favor, un plato como el de los señores... pero con cuchara y tenedor”. Desde la caja registradora, una mujer a la que todos llaman “señora” supervisa cada movimiento, mientras en la cocina se escucha el crepitar de los fideos en el wok.

En las estrechas tiendas de baratijas todo es diminuto, como no se trate de un sonriente buda que reposa con placidez en la vitrina. En la palma de la mano cabe por lo general cualquier artículo, sea un jueguito de tinta china, con su piedra y su barrita oscuras, o uno de tacitas para tomar el sake. Por escéptico que sea el comprador, no se va de allí sin un puñado de cajitas de mentol, que en casa encuentran siempre algún servicio. En lo personal, ninguna de aquellas miniaturas iguala a la figura de un niño asiático que pasea de la mano de su madre. Semejantes pinturitas, hechas todas de finísimos trazos, despiertan en cualquiera la admiración por lo minúsculo.

Los mercaditos del lugar son el origen de la comida sana. Los clientes ponen la mirada en cualquier frasco de color marrón con una etiqueta en caracteres chinos, y les parece que allí los espera el elixir de la eterna juventud. Las botellas de licor japonés lucen de tal manera que prometen, más que la embriaguez, algún tipo de cura. Resulta habitual llevar variedades de té nada más que para conservar la caja, donde un paisaje elaborado con la técnica del *sumi-e* transmite la paz de lo más elemental.

Entre los naturales que visitan su propio barrio se observan sutiles diferencias. Tanto hay pinches de cocina, a quienes se le pude ver en su noche libre bebiendo como caballos al sol y soplándose las narices a la vista de todos, como aristocráticos orientales que comen detrás de biombos de cristal y parecen volar con el solo movimiento de sus manos. Unos y otros tienen lugar en ese oriente de dos cuadras alejado de su tierra.

Al final sale uno liviano tanto de estómago como de compras, pues las algas cocidas y la quin-

callería oriental apenas pesan. Los palitos chinos y los raros condimentos de cocina se usarán en casa a lo sumo un par de veces, y las cajas de mentol aunque se apliquen nunca agotan su contenido. Unos y otros, los objetos orientales van quedando en los cajones, como amuletos de los que uno nunca puede deshacerse.



Piloto de guerra

Pascual Gaviria

¡Esa bomba atómica es dinamita!
Sam Goldwyn
Productor cinematográfico
de Hollywood, agosto 20, 1945

Todo parece indicar que las misiones atómicas tienen una extraña relación con la longevidad. En el 2002, con ochenta y cinco años cumplidos y un jardín en flor, murió en Boston Charles Sweeney, el encargado de entregar la bomba atómica en Nagasaki, dado el silencio japonés luego de la primera encomienda dejada tres días antes sobre el puente de Aioi en Hiroshima. Ahora, a la edad de noventa y dos años, ha muerto en Columbus, Ohio, el comandante Paul Tibbets, primer timón del *Enola Gay*. No han faltado quienes atribuyen a la justicia del remordimiento las largas vidas de los aviadores. Pero resulta claro que los jefes de semejantes misiones no estaban hechos para jugar a la cara de la culpa, sino al sello del honor obligado. El artillero de cola del *Enola Gay* lo dijo con tranquilidad en 1975: “A nadie se le ocurrió pensar entonces que no todo el mundo nos consideraría héroes”. El único

implicado que mostró arrepentimiento —y eso que pilotaba un avión acompañante con equipo científico— fue Claude Eatherly, un joven desequilibrado quien primero quiso mostrarse como el jefe de la misión y luego como un loco piadoso que no soportó los efectos del hongo radioactivo. Terminó en un hospital mental de veteranos, luego de atracar una tienda con una pistola de juguete. Tretas de un pacifista descocado.

Pero mejor dejo a los actores secundarios en sus cabinas y me dedico a componer el pequeño obituario de Tibbets. A los trece años, como tripulante de un biplano, dejó caer una carga de barras de caramelo Babe Ruth sobre un hipódromo en Miami. Fue su primera misión, su primera vez en una cabina. Luego, acompañado por su gorra de béisbol en lugar del kepis oficial, fue el primer piloto americano en bombardear la Francia ocupada. Bombas sobre Rouen en agosto de 1942. Al momento de su gran prueba sobre Hiroshima, Tibbets había tenido más de cuarenta misiones de combate en África y Europa y había sido piloto particular de Eisenshower. Una cicatriz en un brazo, ganada frente a aviones alemanes, era una de sus insignias de vuelo.

Las fotos con su B-29 a la espalda, orgulloso de mostrar las letras del nombre de su madre pintadas a última hora y de mala gana sobre el fuselaje, lo presentan como una especie de mecánico risueño, con “cara de cómico profesional” y suficiencia de práctico acostumbrado a unir los cables sueltos siguiendo rutas propias. En contra del padre pastelero que quería un hijo médico, su madre lo apoyó para que entrara a la academia militar y, con el gesto clarividente de las señoras de pueblo en las películas gringas de tercera, se encargó

Esta publicación pertenece a



Asociación de Revistas
Culturales Colombianas

de bautizar el famoso avión: “Algún día estaremos orgullosos de ti”, dicen que dijo.

Según Gordon Thomas, autor de una muy larga investigación sobre la historia de la bomba, Tibbets no soportaba a los tontos y tenía la impresión de que había demasiados en el mundo. Parco de palabras y de apetito como buen jugador de póker, dueño de una risa y un ceño manejados con la precisión de un altímetro, Paul Tibbets sabía bien con quienes trataba dentro de su empresa de quince bombarderos y más de mil hombres: “Me dijeron que iba a destruir toda una ciudad con una sola bomba. Era algo para pensarlo [...] En mi organización trabajaban un asesino, tres hombres culpables de homicidio sin premeditación y varios criminales; todos ellos habían escapado de prisión [...]”. En cambio, cuando en septiembre de 1944 fue al laboratorio de los Álamos en Nuevo México, confundió a Enrico Fermi, Nobel de Física y creador de la primera pila nuclear, con un portero de edificio “disfrutando de un pequeño descanso no autorizado tras una noche de juerga”.

Tibbets nunca mencionó a sus hombres la palabra atómica o nuclear. La conversación más descriptiva acerca de *Little Boy* la tuvo con su artillero de cola unas horas antes de tocar la puerta en el castillo de Hiroshima.

—Bob, ya estamos en camino. Ahora puedes hablar.

—Llevamos a bordo la pesadilla de un químico.

—No, no exactamente.



FEDERACION INTERNACIONA
DE REVISTAS CULTURALES

—Acaso la pesadilla de un físico.

—Sí.

De regreso, luego de ver el hongo sobre el Japón, Tibbets cedió el mando y durmió un poco. No se sentía un héroe sino un soldado recién salido del peligro. En tierra recibió su medalla con una tranquilidad cercana a la displicencia, sin firmeza impostada, entregando a su superior un saludo militar de rutina. Tampoco participó en la fiesta de bienvenida que prometía *cuatro (4) botellas de cervezas por cabeza* en la base de Tinian. Luego de más de doce horas de vuelo sólo había ánimos para el sueño. Un mes más tarde, Tibbets visitó Nagasaki como si fuera un simple turista, compró cuencos de arroz y bandejas talladas a mano como recuerdo. Nunca se mostró afectado por la pequeña inspección y habló de sus impresiones como quien visita un pueblo arrasado por un volcán: “ya no se veía gente quemada, solamente seres humanos dedicados a sus tareas e intentando recomponer sus vidas”.

Cuando volvió a Estados Unidos se encontró con las primeras voces de censura. Su odio por la publicidad se convirtió en hermetismo: “No deseaba en absoluto que alguien pudiera leer en mí. No tenía nada que explicar, ni deseaba explicar nada a nadie”. Veinte años después de su misión en Hiroshima, el general de brigada Tibbets fue enviado a la India como director de la Oficina de Suministros Militares de Estados Unidos. Algunos diarios de Nueva Delhi lo recibieron con un título honorario que levantó un alboroto de protestas: “El mayor asesino de la historia”. Muñecos con la figura de Tibbets colgaban por las calles y el general debió regresar a un escritorio en Washington.

En 1976 realizó su último vuelo con consecuencias. Coman-

dó un B-29 cargado con bombas de humo para un espectáculo aéreo en Texas. Su maniobra era la atracción central de la reunión de “clásicos y antiguos”. Dejaría caer la bomba “An-atómica” frente a los gritos de los aficionados al rodeo. Japón protestó formalmente y el gobierno gringo, que había regalado el humito para sacar el hongo inofensivo, debió disculparse. Tibbets se encogió de hombros frente al escándalo: “el ruido fue ridículo [...] la exhibición fue simplemente una recreación de la historia, parecida a tantas otras que se celebran en el mundo entero”.

Tibbets no había leído el famoso poema Sankichi Toge:

Devuélvanme a mi padre,
 devuélvanme a mi madre.
Devuélvanme a mi abuelo
 y a mi abuela;
devuélvanme a mis hijos
 y a mis hijas.
Devuélvanme a mí mismo.
Devuélvanme a la raza humana.
Mientras esta vida dure, esta vida,
devuélvanme la paz
Que nunca se acabe

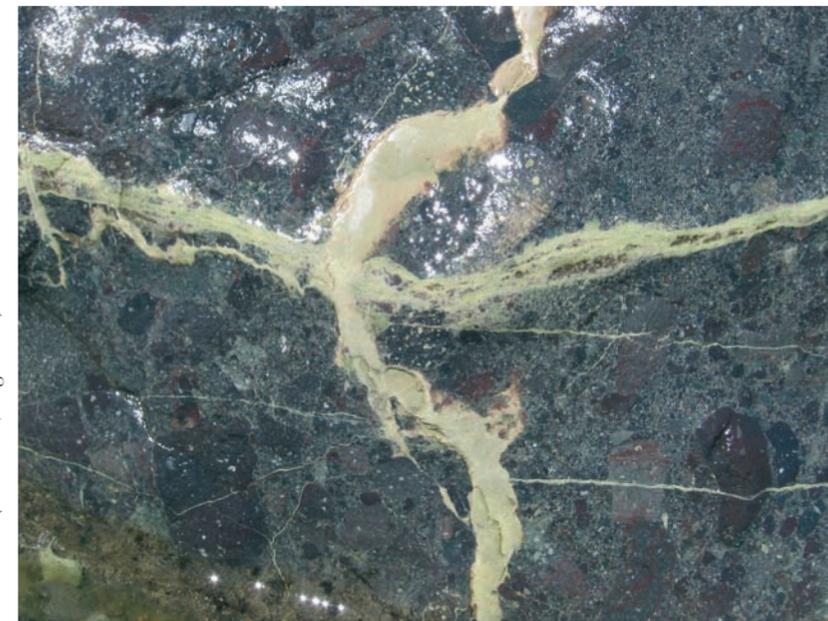
Sería pedirle demasiado, no estaba dentro de sus manuales de instrucción y no era una terapia recomendada para sus sueños tranquilos. Además de un piloto con mando y pericia, Tibbets era un hombre con una sensatez a prueba de uranio: “Estaba convencido, que no era más que una víctima de una cambiante actitud pública hacia lo que le habían ordenado hacer sobre Hiroshima”. Sabía muy bien que la suya no sería una lápida para descansar en paz. Su cuerpo ya fue cremado y, si se cumplió su voluntad, sus cenizas se lanzaron desde un pequeño avión sobre Ohio. Una prueba más de que la materia no se destruye, sólo se transforma.



A- pelarnos

Claudia Ivonne Giraldo

Hemos tenido las mujeres amables de apelarnos, de cambiarnos el nombre de pila por uno genérico, que nos aglutine en un equipo en el cual, la más de las veces, nos sentimos protegidas. Así pues, hemos sido “las niñas”, “las muchachas” y un grupo de “queriditas”, en la pulcra acepción de la palabra.



Río Azul II (El Bolsón, Argentina)

Si dado el caso entramos a un recinto en el que nuestras amigas o parientas se reúnen, saludamos con un cordial “¡Qué hubo, niñas!”. Si damos clase a las jóvenes, les podemos decir: “Bueno, muchachas, abran en la página 45”. Y si llamamos a la prima, a la esposa del amigo, que no a la querida del esposo, la saludamos con un “¿Qué más, querida?”. Y últimamente, nos llamamos, “¡Chicas!”, sin más, reemplazando el *niñas* y el *queridas*, que tan

entrañable les fuera a nuestras mamás y a las abuelas.

Contrario a lo que les pasa a los señores de todas las edades, que se apelan brusca y abiertamente, y a los que la ternura les llega apenas al “Qui’ubo, hermano”, o al “Parce”, más de hoy, somos amorosas para tratarnos, por lo menos de frente. Porque por la espalda, ¡qué estropicio, qué traición!: “¡Esa vieja... es una...!”. O, “A esa idiota, no me la aguanto”, y así, en crescendo, los epítetos agregados a la persona de la otra, a sus espaldas por supuesto, se vuelven innombrables, vergüenza del género.

sombrío de los sentimientos, en esa contradicción, algo digno de ser pensado: lo que por delante se dice, se contradice por la espalda.

Sorprende, por ejemplo, que en tiempos en que las muchachas toman sus vidas por su cuenta sin pedir permiso a nadie, en que deciden partir de viaje con un morral por todo equipaje, sin miedo a lo que a nosotras nos acechaba (los lobos de largos colmillos); en tiempos en que se han vuelto valientes y admirables, así mismo surjan apelativos cada vez más melosos para tratarnos. A estas tiernas edades de la madurez, aturde sobremanera que la empleada del almacén lo llame a uno “princesa” y que una chica que no pasa de los veinte nos llame “Muñeca”. Y no falta, la que toda tiernita nos reclama: “vení, gorda”. Y hay que aclarar que “vení” no quiere decir que uno vaya a donde ella, sino que la escuche, que le ponga atención. Bueno, ahora somos “gorditas”, “princesas”, y “muñecas”. (Por no hablar de los hombres que nos tratan de “madrecita”, “amorcito”, “madre” a secas e incluso, “suegra”. Y si el que lo llama a uno madre o suegra es un viejito encorvado, dan ganas de darle con su bastón en los ijares).

En época de anorexia las mujeres jóvenes andan por ahí llamándose entre ellas y a nosotras: “gorditas”. Que todas somos princesas ya lo sabíamos desde la infancia, pero que nos lo repitan mujeres desconocidas, que no sepan de nuestro principado, conturba. Y lo de “muñeca”, casi siempre es cuestionable, ¿muñeca de quién o qué? Son nuevos apelativos que empiezan a proliferar en las calles y a ofrecer nuevas significaciones. Y son, ante todo, maternales, dulzones pero tiernos. ¿Será que al fin deponemos las viejas y peligrosas

Con dichos y palabras ofensivas, tal vez nombramos el odio que parecemos sentir por nuestras congéneres o por el hecho de ser mujeres, un disgusto mal disimulado, algo que nos molesta como una espina en la mano, o un fríjol en el zapato.

Por un lado tanta ternura, y por el otro, tanta nube negra en el alma y en el lenguaje. Como si existiera en la manera en que nos apelamos desde la luz de las buenas maneras y desde lo

armas de la guerra entre mujeres? ¿Será que ya el comentario artero, la trampa, la burla, la discriminación, la ofensa y el rumor malintencionado han dado paso a una forma más solidaria de tratarnos unas a otras?

Sin embargo, la solidaridad, la igualdad y el respeto sinceramente sentido, aunque no excluyen la ternura, suponen más bien un trato de paridad que tales apelativos no representan. Tal vez, en una sociedad que nos obliga a competir por la mirada del otro para ser, para existir, la melcocha de las palabras simplemente trata de encubrir y de domar a la fiera malaleche y despreciable que llevamos dentro.



Un cómic español en el ocaso del franquismo

Álvaro Vélez

Andreu Pujol es un dibujante de historietas que realiza episodios bélicos para una revista inglesa; es un tipo organizado, metódico, pulcro y muy cumplidor de su trabajo. Pujol no bebe, no fuma, tiene poco sexo y se dedica, casi por completo, a su oficio de dibujante, que realiza en una agencia de cómics en Barcelona. Justamente en dicha agencia Pujol trabaja junto con sus coleguillas que, a diferencia de él, son desordenados, perezosos, fiesteros y siempre dejan el trabajo para el final; por eso mismo, en los últimos días del mes trabajan hasta en las noches para recuperar el tiempo que han perdido, por holgazanería, en las tres

primeras semanas. Un día Pujol informa a sus colegas que bajará durante unas noches en la agencia y, ante la sorpresa de todos, que lo creen organizado y meticuloso con el trabajo (nunca se atrasa), nuestro ecuaníme dibujante afirma que, dado que es el mes de febrero, y éste tiene menos días, quiere aprovechar un par de noches para no bajar su cuota de una plancha de cómics por día. Pero Pujol, desconoce que sus colegas se la pasan de juerga y, esa primera noche en que se encuentra trabajando, uno de sus compañeros llega a la agencia con tres mujeres y chorros de alcohol. Inmediatamente se sueltan los lápices y empieza la fiesta, pero Pujol sigue en su mesa dibujando, aunque no le dura mucho porque una de las chicas no tarda en seducirlo, en principio dándole de beber y después llevándolo al sofá de la oficina del jefe para beber de otras mieles. Pujol bebe, se echa su polvete y vuelve a donde sus colegas Pablo y Adolfo, a brindar, a seguir celebrando porque según él eran amigos “a los que hasta hoy no había sabido apreciar”.

Al día siguiente, en la agencia, todos creen que Pujol se ha regenerado, que se ha pasado al bando de los que viven y disfrutan de la vida, al bando de ellos al fin y al cabo, pero el asunto parece no cambiar, pues aunque Andreu Pujol llega un poco más tarde que de costumbre, lo hace quejándose y echándole la culpa a sus colegas, por obligarlo a beber, bailar y tener sexo, y, ante la sorpresa de todos, se sienta en su mesa con la firme intención de terminar esa plancha de cómics, que ayer en la noche no pudo concluir y que le hizo dañar su record personal. Son gajes del oficio se dirán, quizás, Adolfo y Pablo mientras se miran el uno al otro en la viñeta final de esta

corta historia entre colegas de una agencia de cómics.

De historias similares está plagado *Los profesionales*, un cómic del español Carlos Giménez, que nos sitúa en una agencia de historietas en Barcelona, justo en las postrimerías del franquismo. Pero esta obra de Giménez, aunque enmarcada en los años de la dictadura española, no es para nada adusta, todo lo contrario, pues *Los Profesionales* es una novela gráfica (si puede llamarse así a una recopilación de historietas cortas en cinco volúmenes) cargada de humor, de muchas chanzas, con un alto contenido nostálgico y también como una fotografía completa de aquellos tiempos.

En la agencia de historietas —propiedad de Josef Toutain, editor español— trabajan una gran cantidad de dibujantes encargados de hacer cómics convencionales para publicaciones europeas. Se trata de un trabajo en serie, de obras del cómic *mainstream*, del montón: historietas de vaqueros, ciencia ficción, bélicas, de romance, etc, que quizá no tienen ningún valor artístico; en fin, es un trabajo como cualquier otro. Lo que si no es como otras cosas es el ambiente de la misma agencia, en donde nadie parece trabajar —bueno, con excepción de Andreu Pujol—, todos están dispuestos a jugarse bromas entre sí, a jugárselas incluso al jefe, a fumar, a tomar coca cola, a hablar de mujeres y a juerguear y beber en la agencia por las noches.

Casi todos los días del mes son así, salvo la última semana cuando todo el mundo se pone manos a la obra para poder entregar los encargos. En ese momento las buenas intenciones que algunos aún tenían de hacer un buen cómic se van al traste porque en medio del afán se copian, se calcan o se hacen los

dibujos chapuceros para poder cumplir con la entrega. Así que *Los profesionales* no es un obra sobre el oficio de hacer cómics, sino sobre la forma en que se puede ganar dinero sin trabajar y además pasarla de lo lindo entre amigos, cigarrillos, trago y conversación. La obra de Giménez lleva todas esas situaciones hasta el humor; cada personaje tiene su propia forma de ser, acompañada, como es usual en este tipo de narraciones, de una larga colección de manías y tics que son el motor de las historias contadas en *Los profesionales*. Ésta es —ya lo habrá intuido el lector— una obra autobiográfica. Carlos Giménez se retrata a sí mismo y a sus colegas en esos años azarosos cuando comenzaba a ejercer su profesión de dibujante de historietas. Aunque con nombres ficticios, en la obra se pueden también distinguir, gracias al mismo dibujo de Giménez y a sus declaraciones sobre *Los profesionales*, algunos de sus compañeros en la agencia. Giménez, antes de narrar estas historias, buscó, como nos cuenta a continuación, a sus antiguos colegas para refrescar la memoria:

Antes de empezar a escribir los guiones de *Los profesionales*, preparé en mi estudio de Premiá de Mar una mesa con una botella de whisky, vasos y un magnetofón e invité a sentarse alrededor de ella a un grupo de colegas amigos. Acudieron Adolfo Usero, José González, José María Bea, Luis García, Víctor Ramos y Alfonso Font. Les pedí que recordaran en voz alta cómo eran y éramos los personajes que, allá por los años sesenta, llenábamos las editoriales y agencias de dibujantes de Barcelona. Durante cerca de tres horas estuvimos grabando en el magnetofón anécdotas de la profesión, situaciones propias y ajenas de toda aquella lejana y extraña época. Recuerdo que

terminamos con las mandíbulas desencajadas de tanto reír. Todos aquellos datos que quedaron en la cinta magnetofónica fueron una ayuda impagable a la hora de escribir los guiones de *Los profesionales*.

Pero *Los profesionales* no es sólo una recopilación de anécdotas del mundillo de los cómics. Lo que hace también interesante esta obra de Giménez, y a casi todas sus obras, es que logra situarla en un contexto claro, en un momento preciso, en donde el autor sólo con dibujos nos hace saber qué se siente, qué se respira, qué hay en la atmósfera en ese momento. En muchas ocasiones Pablo, su alter ego en *Los profesionales*, camina por la Rambla y, sin hablar, mira. Lo contempla todo: unos falangistas van Rambla abajo, unos curas que pasan a su lado, una monja lo observa de manera desdeñosa, unas chicas en plena euforia sesentera le coquetean al pasar; una señora camina con los paquetes de compras seguida por un niño que debe ser su hijo, un grupo de ancianos jubilados que huelen a republicanos derrotados, un guardia civil mira a todos con desconfianza y un par de hippies juegan a la Norteamérica en el país de Franco y la Iglesia católica. Toda España está en *Los Profesionales*, con un fondo del humor que nos hace llegar a la carcajada, de las ocurrencias en una agencia de vagos. También se nota en la persona de Pablo esa profunda desazón, esas ganas de comerse el mundo y no poder hacerlo, esa necesidad de liberarse de un yugo que parece no existir, ese constreñimiento de la España en el ocaso del franquismo.

Profesor de la Universidad de Antioquia



Robinson Crusoe: vivir sin moral

Luis Fernando Mejía

Robinson Crusoe, según su creador Daniel Defoe, luego de naufragar, vivió veinticinco años en la Isla de la Desesperación sin la compañía de otro semejante a él. Un cuarto de siglo absolutamente solo, tiempo suficiente para conocerse uno mismo o para olvidar quién se es.

Un hombre, apenas rodeado de vegetación virgen y de animales casi todos salvajes, puede, en sus faenas de supervivencia, llegar a conocer con virtuosismo y exactitud su energía muscular y sus destrezas manuales e intelectuales, pero tenderá a ignorar sus cualidades morales o sus inmorales vicios.

A un individuo solitario, ¿qué actos le asegurarán que es egoísta o solidario?, ¿qué comportamientos le recordarán que es un ser noble o envidioso?, ¿qué conductas le dirán que es un ser franco o hipócrita?, ¿qué prácticas lo confirmarán como un miembro de la estirpe humana leal o traidor, pacífico o guerrero?

Robinson necesita de otro Robinson para ejercitar o entrenar sus virtudes o carencias humanas. En su soledad, apenas trata dócilmente que le gusten las cosas y los animales que, sin poder evitarlo, encuentra. Pero a medida que transcurre el tiempo, acompañado de su propia presencia, tienden a extraviarse conceptos como el de hombre bueno, solidario, tolerante, franco y pacífico, aunque por fortuna igual fenómeno de ausencia se registra con los



valores contrarios: la maldad, el individualismo, la hipocresía, la intransigencia y la belicosidad.

Para que Robinson atendiera inquietudes éticas no le bastaba interactuar con otros seres vivos muy queridos por él: “también conservaba siempre dos o tres cabras domésticas que aprendieron a comer de mi mano, y dos loros que hablaban bastante bien y me llamaban Robinson Crusoe”; además de un perro que le “brindó una agradable compañía durante casi dieciséis años”, cuando murió de viejo.

En este escenario real, donde el personaje descrito por Daniel Defoe es el único ser humano, ¿qué actos inmorales podría realizar este solitario?

Es conveniente examinar diferentes eventos. Por ejemplo, el día en el cual Robinson se hubiese comido una cabra entera no podría ser señalado de poseer el vicio de la gula, ni él se sentiría avergonzado de su conducta, pues no lo estaría observando otro ser humano hambriento e indefenso. Nadie imagina a Robinson cabizbajo y deprimido varias semanas porque comió en exceso. Si acaso, añoraría un medicamento contra la indigestión estomacal.

Otro ejemplo. A Robinson le da por intentar malos pensamientos. Los más comunes. Pues,

entonces, serían inofensivos e infantiles proyectos. Para desear la mujer del prójimo debe existir realmente ella y el prójimo; o para querer robar se exige pensar en apropiarse de un bien de otro humano. No se ajusta a la razón que el excepcional naufrago se considere inmoral porque construyó en su mente una abstracta pasión erótica, o porque le disputó a un animal una semilla o le arrebató a un árbol sus frutos.

Los ejercicios anteriores sugieren que no se es inmoral frente a las simples cosas o animales. Es estas circunstancias es dable hablar de la inmoralidad imposible. En la soledad se atrofia la moral, y el tiempo que siempre sobra, luego de atender los instintos primarios, probablemente se consagra para meditar sobre los misterios todavía no descifrados por los genios, como el de la Santísima Trinidad.

Las decisiones éticas reaparecen para Robinson, luego de veinticinco años, cuando se encuentra sorpresivamente con un hombre de carne y hueso llamado Viernes. ¿Cómo tratarlo? “Al día siguiente de llegar con él a mi madriguera, comencé a pensar dónde alojarlo, de modo que fuese cómodo para él y conveniente para mí”. Evidentemente, Robinson frente a

Viernes debe definir una relación moral o inmoral. Si no lo aloja en un lugar adecuado, Robinson se sentiría seguramente culpable de un acto que causa daño a un semejante, a otro ser humano. Robinson despliega, entonces, sus desusadas ideas éticas con Viernes, no con las cabras, ni con los loros ni con su perro. Antes de descubrir a Viernes, Robinson deambulaba en la Isla de la Desesperación desprovisto de moral y, por supuesto, sin el peligro de que alguna de sus acciones u omisiones lo mataran de remordimiento.

Robinson Crusoe, ermitaño forzoso, no necesita de la moral para sentirse satisfecho de su existencia cuando confiesa que “empecé a sentirme muy complacido con la vida, con la única excepción del temor por los salvajes”. Parece un desatino afirmar que la soledad en sí misma es incompatible con el disfrute de la vida. Por el contrario, libera al individuo de precisar en cada momento qué es justo y qué es injusto, qué es bueno y qué es malo, y qué es virtud y qué es vicio. Siempre en busca del equilibrio en la delgada cuerda de la ética y agobiado por el temor de caer en cualquier abismo.

Daniel Defoe, con su carismático personaje, da luces para entender las razones de los ermitaños de todos los tiempos. No es que huyan de los placeres mundanos, simplemente escapan de la moral de las mujeres y los hombres vivos. Alejarse del consumismo capitalista no pasa de ser una socorrida y eficaz excusa. Un auténtico ermitaño podría ser feliz viviendo en el más moderno centro comercial, pero sin gente. Si acaso, aceptando algunos maniqués que no le recuerden mucho a las personas.



El lama

Eliseo Gil

La historia me fue relatada hace algún tiempo y es posible que falte a la precisión, pero no a la verdad. Comienzo por la mañana luminosa, rara aquellos días de invierno del noventa y nueve, en que inesperadamente me encontré con Alina F., a quien había dejado de ver después de su viaje a Buenos Aires, a donde había ido a estudiar Psicoanálisis. De esto hacía dos años en los que, como me lo explicó luego, tuvo precipitadamente que cambiar de planes y esconderse en Montevideo, para evitar que una secta tibetana, por increíble que pareciera, diera muerte a su hijo menor, aquél que tantas muestras había dado de talento con sus investigaciones sobre la fiebre del heno y las vacas locas.

Como la historia prometía, la invité a almorzar a un restaurante cercano donde las ensaladas, su nuevo afecto, copaban el menú. Alina es una mujer, a quien nunca le falta la gracia, así pase por las circunstancias más difíciles, lo que la hace aún más bella de lo que es.

En principio me pareció que lo que contaba hacía parte de las fábulas que acostumbra construir al ritmo de la conversación y que son su sello de fábrica. Sólo que ésta vez, ni se reía de sus propias ocurrencias, ni su estado de ánimo era el más sereno.

Aunque el verdadero peligro ya había pasado, me dijo, no se quitaba de la cabeza lo cerca que el muchacho había estado de ser víctima del más irrazonable de los crímenes y de una conjura que por la condición de sus actores no se le ocurriría imaginar a nadie.

Todo comenzó cuando un par de monjes tibetanos –sí, con sus

túnicas color azafrán, la cabeza rapada y ojos beatíficos–, contactaron a su hijo que andaba viajando por el sur de España, para una tarea secreta que necesitaba cumplir de inmediato, y que tenía que ver con un niño nacido en Córdoba y reconocer en él a un lama recién reencarnado.

El muchacho, un lego en estos temas, tomó el asunto a chanza, pero los monjes no dudaron en amenazarlo cuando se hizo necesario. De mala gana aceptó acompañarlos, sin comprender su papel en semejante trama. Unas horas más tarde, en una ruinoso casa de las afueras de la ciudad, sin entender cómo, para su propia sorpresa, reconoció en un caballito de madera, un rosario de enormes cuentas y un trozo desgastado de lana coloreada, las pertenencias sagradas de un lama muerto en 1940 al caer del tejado del templo de Lhasa, donde había subido a jugar con la luna.

De los lamas, ya se sabe, se cuentan variedad de historias. Alina, para mi ilustración, aludió al famoso caso de un lama rijoso, contado por Alexandra David-Néel en alguno de sus libros sobre el Tibet, que cualquier día reencarnó convertido en asno, a causa de su licenciosa vida pasada. Contó también de otros, que regresaron como escarabajos, hienas o buitres por culpa de sus acciones. Y es que no siempre, los lamas reencarnan en personas santas, pero éste no era el caso.

Aquí Alina hizo una larga pausa, mientras separaba con cuidado el tierno corazón de una alcachofa.

Al morir los lamas, continuó, dejan algunos objetos y pertenencias con el fin de ser reconocidos cuando reencarnen. La tarea es delicada y requiere de quien la realiza dones de clarividencia y sabiduría. Rara vez esta responsabilidad recae sobre un profano o gentil. Llegado el

caso, los monjes indagan y forzosamente inician una búsqueda que a veces les lleva años.

Que su hijo, fuera un elegido, es algo que a Alina aún le cuesta creerlo. Pero al reconocer éste –para su asombro–, al lama en el niño andaluz de ojos diminutos y sonreídos que le señalaron, fue invitado a un convento budista en Lhasa, donde pasó ocho meses como novicio, hasta el día en que, por el soplo de un discípulo, supo que existía un cuidadoso plan para envenenarlo, dados los celos y la envidia que despertaba en aquel lugar. De suerte que, espantado, debió huir de allí y, gracias a un serpa que, compadecido, lo ayudó por aquellos senderos imposibles del Himalaya, logró llegar a Pakistán y, de allí, después de servir de cocinero en un barco panameño, arribar a Buenos Aires, donde su mamá, temiendo lo peor, lo llevó a Montevideo, un lugar tan obvio y apacible, que nadie puede pensar que allí se esconde alguien.

Esta era la causa por la que debió interrumpir los estudios de Psicoanálisis y la razón de su regreso a Medellín.

La miré, sin saber si creerle o no. Me pareció que era una de esas historias tuyas, con las que acostumbra reírse de todo, pero algo me decía que quizás sí, que era tan insólita que no podía ser inventada.

–Alina, ¿no me estás tomando el pelo? Los monjes son buenos y no suelen envenenar a sus hermanos, se me ocurrió decirle sin embargo.

–¡Nooo, ¿caso no has leído *El nombre de la rosa*? ¿Me estás llamando mentirosa?

Por lo visto, el genio también se le había agriado y antes de que pasara a mayores le pedí otro plato de alcachofas con la que la tuve entretenida un rato.

